

“Existe en el sureste de México, en Belize y en el norte de la República de Guatemala, una gran extensión territorial que geográficamente puede considerarse como una unidad, aunque políticamente se divide entre los tres países señalados. Se trata de una inmensa región de selvas vírgenes que en parte permanecen inexploradas por el hombre hasta la actualidad. Allá por el año de 1908 ó 1909, cuando yo era todavía un niño, llegaban a mis oídos, en el Estado de Tabasco, las leyendas sobre los misterios de aquellas selvas, y se traían a las ciudades flechas de esos indios lacandones que se quiere comprender dentro del próximo censo.

“Según explicaré más adelante, los indios lacandones se encuentran diseminados en grupos pequeños entre la espesura de los bosques desiertos e inmensos. Pero lo que más despertaba e impresionaba la imaginación popular antes de 1910, eran las grandes negociaciones madereras que se habían establecido en el corazón de esa zona y que son conocidas en el sureste con el nombre popular de “monterías”.

“En el Estado de Tabasco y en el Estado de Chiapas por aquel entonces existían propiedades rurales en las que casi la única autoridad era el administrador o el dueño de la Hacienda. Imperaban el látigo y el cepo de campaña, y cuando había un trabajador incorregible, le amenazaban con enviarlo a las “monterías”. Inútil decir que muchas veces la amenaza se cumplió y la cuenta del trabajador de campo se vendió a la empresa dueña de las “monterías”, y el trabajador enviado a ellas no volvió jamás.

“El recuerdo vago de todas esas leyendas populares perduraba en mi mente hasta que en el año de 1924 recorrí la región de que me vengo ocupando. El viaje se inició en la ciudad de Tenosique, último lugar habitado del Estado de Tabasco; después de Tenosique no hay más que la selva misteriosa. Una de las empresas madereras, yo no sé si con gusto o al contrario, me proporcionó un guía, porque en aquellas soledades nadie puede internarse sin alguno que sea un verdadero conocedor del terreno.

“Emprendimos el viaje a caballo cinco amigos y yo, llevando bestias de repuesto y víveres suficientes, ya que sabíamos que en toda la expedición no se encontraría nada que comer ni para los hombres ni para las bestias.

“Las condiciones geográficas del terreno obligan a hacer los viajes distribuyéndolos en jornadas de diez a quince leguas diarias. Se pasa por terrenos a veces pantanosos, a veces accidentados, pero siempre dentro de selvas vírgenes, en ocasiones sin ver el sol—tan espeso es el follaje—y encontrando a cada paso los rastros de los tigres, y accidentalmente, allá muy de cuando en cuando, algunas serpientes venenosas.